

PR 4963
25
77
v.1

ES PROPIEDAD



FONDO HISTORICO
R. CARDO GOVARRUBIAS

155642

3807.—Agustín Avrial, impresor, San Bernardo, 92. Teléfono, 3022.

VIDA, MEMORIAS Y CARTAS DE LORD MACAULAY

CAPÍTULO I

Macaulay es nombrado miembro del Consejo Supremo de la India. — Cartas á lady Trevelyan, lord Lansdowne y Mr. Napier. — Incidente entre lord Althorp y Mr. Sheil. — Comparcencia de Macaulay ante el Comité de investigación. — Se embarca para la India.

La siguiente carta (1) anuncia, en términos bastante claros para exigir ninguna explicación, un suceso decisivo de la vida de Macaulay.

A Ana M. Macaulay:

Londres, 17 de Agosto de 1833.

Mi querida hermana: Ando queriendo escribirte acerca de una cosa que á ti y á Margarita os ha de producir la más viva impresión, y que, á causa de eso principalmente, me la produce á mí.

El nuevo *Bill* de la India dispone que uno de los individuos del Consejo Supremo, llamado á gobernar nuestro Imperio oriental, ha de elegirse entre personas que no estén al servicio de la Compañía. Es probable, casi seguro, que me ofrezcan la plaza.

(1) Recomendamos la lectura de la obra *La Educación de Lord Macaulay*, publicada por nosotros, que comprende la vida del ilustre historiador desde su nacimiento hasta que fué nombrado gobernador de la India. (N. DEL T.)

Las ventajas son muy grandes. Es un puesto del más alto rango y de la mayor importancia. El sueldo es de diez mil libras al año. Personas que conocen perfectamente á Calcuta, y que se han rozado con los más altos círculos y desempeñado los más altos cargos en esa Presidencia, me aseguran que puedo vivir allí de un modo espléndido con cinco mil libras anuales y economizar el resto del sueldo con su interés correspondiente. Puedo prometerme, pues, volver á Inglaterra á los treinta y nueve años, en todo el vigor de la vida, con una fortuna de treinta mil libras. Una fortuna mayor de lo que nunca ambicioné.

No codicio el dinero, ni me quita el sueño la falta de él. Pero, aunque de día en día ansío menos la riqueza, de día en día veo más claramente cuán necesaria es una posición desahogada para un hombre que desee ser grande ó útil. En la actualidad, el hecho palmario es que yo no puedo seguir siendo un hombre público más que mientras pueda seguir en la Administración. Si dejo mi puesto en la Administración, tengo que dejar también mi puesto en el Parlamento. Porque yo necesito vivir; sólo puedo vivir de mi pluma, y es absolutamente imposible escribir lo suficiente para procurarse una subsistencia decorosa, y tomar al mismo tiempo una parte activa en la política. Durante esta legislatura no he podido enviar una sola línea á la *Revista de Edimburgo*; y, si no hubiese tenido el destino, hubiera podido hacer muy poco. Eduardo Bulwer acaba de dejar el *New Monthly Magazine* por no poder dirigirle y atender á sus deberes parlamentarios. Cobbett ha tenido que abandonar su *Registro* (1); de tal modo, que la venta ha llegado á ser casi nula.

(1) Un periódico semanal. (N. DEL T.)

Ahora, para vivir á lo señor, necesitaría escribir, no como he hecho hasta aquí, sino con regularidad, y aun diariamente. Jamás he sacado al año con mi pluma más de doscientas libras. No puedo pasarlo holgadamente con menos de quinientas, y probablemente tendré que sostener á otros varios. El porvenir de nuestra familia se presenta, si cabe, más sombrío que nunca.

A todo esto, el horizonte político se oscurece. Se acerca un cisma en el ministerio. Basta para verlo ese conocimiento ordinario de los asuntos públicos, que puede tener cualquier lector de periódicos; y yo sé sobre la materia más, mucho más que lo que se sabe comúnmente. No pueden estar juntos. Te digo con toda seriedad que las probabilidades que tengo de conservar mi cargo durante seis meses son tan escasas, que las cambiaría sin inconveniente por cincuenta libras. Si sigo en el cargo, temo perder mi reputación política. Si le dejo, y me declaro en oposición, romperé la mayoría de los vínculos particulares contraídos durante estos tres últimos años. En Inglaterra no veo delante de mí durante cierto tiempo más que la pobreza, la impopularidad y la ruptura con antiguas relaciones.

Si no hubiese modo de salir de estas dificultades, yo las arrostraría con valor. Un hombre siempre puede obrar honrada y rectamente; y así estuviese en la *Fleet* (1) ó en el Banco del Rey (2), creo que hallaría en mi espíritu recursos para no ser desgraciado. Pero, si puedo librarme de los desastres que me amenazan, desearía hacerlo. Aceptando el puesto, que me ofre-

(1) Antigua prisión de Londres. (N. DEL T.)

(2) Otra prisión. (N. DEL T.)

erán probablemente, me aparto durante algún tiempo de las luchas políticas. Cuando vuelva habrán variado las cosas, los partidos y los problemas. Entonces podré adoptar mi actitud, sin el escándalo de una separación violenta y sin exponerme al cargo de inconsecuente. En el interin, salvaré de la miseria á mi familia y volveré con una fortuna honradamente ganada, tan rico como si fuese el duque de Northumberland ó el marqués de Westminster, y en situación de proceder en todas las cuestiones públicas sin la tentación siquiera de desviarme de la línea recta del deber. En la India desempeñaré funciones de un peso no excesivo y de la índole más elevada y respetable. Disfrutaré de todas las comodidades y grandezas con que brinda el país, y mi ausencia no será tan larga que me exponga á ser olvidado de mis amigos ó del público de aquí.

Las únicas personas que saben lo que te he escrito son lord Grey, los Grants, Stewart, Mackenzie y Jorge Babington. Carlos Grant y Stewart Mackenzie, que conocen mejor que la mayoría de los hombres el estado del mundo político, opinan que sería desacertado rehusar ese puesto; y esto, aunque me aseguran, y los creo sinceros, que han de sentir vivamente la falta de mi compañía. Pero ¿qué no sentiré yo? Amando como amo á mi país y á mi familia, ¿con qué emociones puedo pensar en semejante separación, impuesta, como creo que lo es, por el deber y la prudencia? Que el período de mi destierro sea un período de bienestar y aun de ventura una vez pasada la primera impresión, cosa es que depende de ti. Si, como espero, me hacen esa oferta, ¿querrás venir conmigo? Sé el sacrificio que te pido. Sé cuán caros y preciosos lazos debes romper durante cierto tiempo. Sé que el esplen-

dor de la corte india y las pompas de aquella brillante sociedad de que serías uno de los personajes principales, no encierran tentaciones para ti. Yo sólo puedo halagarte dicéndote que, si vienes conmigo, te querré más que ahora, si es posible.

He consultado á Jorge Babington por lo tocante á tu salud y á la mía. Dice que tiene muy poco temor por mí y ninguno por ti. A su juicio, según parece, no hay más motivos para que el clima te sienta mal que para que te sienta bien.

Todo esto ha de quedar en el mayor secreto. Naturalmente, puedes enseñar la carta á Margarita, y Margarita puede enterar á Eduardo, porque yo nunca maquino contra la autoridad legal de los maridos. Pero de ahí no debe pasar la cosa. Mi padre se sentiría, y con mucha razón, si lo supiese por alguien antes de saberlo por mí mismo; y si trascendiese por fuera la menor noticia, me vería en una situación muy embarazosa con respecto á la gente de Leeds. Es posible, aunque no probable, que surgiesen algunas dificultades, y no quiero decir nada á nadie que no esté ya en el secreto, hasta que los directores hayan hecho su elección y hasta que se tenga el beneplácito del rey.

Y ahora piensa tranquilamente sobre lo que te he escrito. Ni aun á ti hubiera escrito sobre el asunto hasta estar arreglado, si no hubiese creído que necesitabas tiempo bastante para tomar tu determinación. Si sientes una aversión invencible hacia la India, me esforzaré cuanto pueda por hacer agradable tu residencia en Inglaterra durante mi ausencia y por darte medios de dispensar, en vez de recibir, beneficios. Pero si mi querida hermana consintiese en darme, en esta gran crisis de mi vida, esa prueba, esa cosatos

y ardua prueba de afecto que la pido, creo que no se arrepentiría. No se arrepentirá, si el cariño y la confianza sin límites de aquel para quien ella es más cara que la vida puede indemnizarla de unos cuantos años de ausencia de tanto objeto amado.

¡Querida Margarita! Ella se hará cargo de todo. Consúltala, y tengamos los dos el beneficio de un consejo como el que podemos esperar de su excelente inteligencia y de su entrañable cariño hacia nosotros. El lunes próximo, lo más tarde, espero estar contigo. Nuestro viaje á Escocia, en estas circunstancias, debe ser corto. Convendrá que el nuevo Consejero salga de Inglaterra por Navidad. Sus funciones en la India empiezan el próximo Abril. Supongo que dejaremos á nuestra querida Margarita hecha una madre venturosa.

Adiós, mi querida hermana. No puedes comprender la impaciencia con que aguardo tu contestación.

T. B. M.

Esta carta, escrita bajo el influjo de diversas y profundas emociones, fué leída con penosa agitación y sorpresa. El nombre de la India no era familiar entonces, como lo es ahora, para una generación que mira una visita á Cachemira como una excursión realizada entre dos *seasons* londonenses, y que discute al almuerzo en su patria los acuerdos adoptados la tarde anterior por el Consejo de Smila ó de Calcuta. La gente campesina y las familias de clase media que miran ahora el servir en nuestros territorios orientales como un destino probable y apetecible para un hijo de esperanzas, consideraban esos mismos territo-

rios hace cuarenta años, como una región lejana é ignota de enfermedad y de muerte. Una muchacha que no había visto tierras más extrañas que las de Gales, ni cruzado aguas más anchas y procelosas que las del Mersey, miraba un viaje, que podía durar seis meses mortales (como supo después por triste experiencia), con una ansiedad que difícilmente podemos comprender los que sólo empleamos tres semanas en el viaje de Douvres á Bombay. Una separación de las personas queridas, en tales condiciones, era una verdadera separación; y, si Macaulay y su hermana hubiesen podido prever lo mucho que dejarían de encontrar á su vuelta de cuanto abandonaban á su partida, es dudoso que ninguna consideración terrena los hubiese inducido á salir de la tierra nativa. Pero Ana tenía demasiada conciencia del deber para experimentar esas dudas y vacilaciones; y afortunadamente (porque afortunada fué, en resumen, su decisión), resolvió acompañar á su hermano en una expatriación que él nunca hubiera afrontado sin ella. Tranquilo al conocer esas intenciones, fué á Liverpool en cuanto terminó la legislatura, y salió con su hermana para Edimburgo en una silla de postas, llevando las *Cartas* de Horacio Walpole para su lectura común, y las obras de Smollett para la lectura de él. Antes de Octubre estaba de regreso en el Consejo de Intervención, y reanudó sus cartas con la misma frecuencia de antes, aunque en tono más serio y ocupándose más de negocios.

Londres, 5 de Octubre de 1833.

Querida Ana: La vida discurre aquí tan tranquilamente, ó más bien está tan paralizada, que no tengo

nada ó casi nada que decirte. En el *Athenæum* me encuentro alguna que otra vez con personas que pasan por la ciudad camino del continente ó de Brighton. El otro día vi á Sharp, y tuve con él una larga conversación sobre todo lo habido y por haber—metafísica, poesía, política, teatro y pintura.—He notado en Sharp una cosa que le distingue mucho entre la gente de ingenio y de sociedad. No murmura nunca. Cuando no puede decir nada bueno de una persona, detiene la lengua. No quiere esto decir que en coloquios confidenciales sobre política no hable libremente de los hombres públicos. Pero, en punto á flacos de individuos particulares, á pesar de lo mucho que he hablado con él, no creo haberle oído nunca una sola palabra. Pasé tres ó cuatro horas muy agradables en su compañía.

También he visto á Kenny una ó dos horas. No sé que te haya hablado nunca de Kenny. Cuando se aglomera en Londres la gente, me rozo con tantas personas, que no puedo recordar la mitad de sus nombres. Ahora es el período en que todo conocimiento, por ligero que sea, atrae algún grado de atención. En la isla desierta, aun el pobre loro representaba algo como compañero para Robinsón Crusóe. Kenny pertenece á una clase de escritores que en nuestro tiempo ocupa el grado inferior de la escala literaria. Es autor dramático. Según me dicen, la mayoría de las piececitas y de las obras de tres actos, que han tenido éxito durante los ocho ó diez años últimos, son de su pluma. Los cielos saben que, si esas obras son las que yo he visto, no le hacen grande honor. Sin embargo, es uno de nuestros grandes autores cómicos. Tiene el mérito de haber acertado con el malísimo gusto de nuestros públicos modernos mejor que ninguno de los que

se han rebajado á esa tarea degradante. Charlamos un buen rato de cosas literarias, y le calificué de mozo despejado y ladino.

Mi padre anda mal. No es que tenga nada serio; pero se ha resfriado y está abatido.

Siempre tuyo

T. B. M.

Londres, 14 de Octubre de 1833.

Querida Ana: Acabo de terminar mi artículo sobre Horacio Walpole. Es uno de los momentos felices de mi vida concluir una tarea enojosa, quitarse un peso de encima. Mi alegría sería completa, si te tuviese aquí para leértele. Pero debe ir á Napier sin tardanza; y, tan pronto como acabe esta carta, le echaré al correo con mis propias manos. Me levanté á las cuatro de la mañana para darle el último toque. Frecuentemente me aparto de la mayoría al juzgar los trabajos de los demás, y más frecuentemente aún al juzgar los míos; y, por consiguiente, muy bien puedo engañarme; pero creo que este artículo dará golpe. Veremos. Nunca ha habido nada que me cueste más trabajo que la primera mitad; nunca he escrito nada tan fácilmente como la segunda mitad, y ésta me parece doble mejor. He sido tan inexorable con Walpole, que no me extrañaría que miss Berry la tomase conmigo. Sabes que ella fué objeto de la predilección de Walpole en su juventud. Y no estoy seguro de que lord y lady Holland se queden muy satisfechos. Pero deben estarme agradecidos, ya que, por consideración á ellos, me abstuve de sentar esta mano, que no tiene

fama de ligera, á ese pícaro viejo, al primer lord Holland (1).

Carlos Grant está aún en París; enfermo, dice. Jamás conocí un hombre que necesitase tan frecuentes composturas. Marcha tan mal como tu reloj.

Mi padre anda otra vez tras de que coloque á P***. ¿Qué tengo yo que ver con P*** en esta tierra? El parentesco no le alcanza un galgo. El chico es tan tonto, que dejaría malparada mi recomendación. Y, para acabarlo de arreglar, sus hermanas dicen que hay que colocarle en Inglaterra, porque ellas no pueden pensar en hacer un viaje con él. Eso, por supuesto, importa poco: porque ahora hay tan pocas probabilidades de conseguir nada en la India como en Inglaterra.

Pero ¡qué extraña locura ésta que me rodea por todas partes! ¡gentes que piden puestos en el ejército, en la marina, en las oficinas públicas, y que dicen que, si no los encuentran, perecerán de hambre! ¿Cómo vive el resto de la humanidad? Si yo no me hubiese metido en política, y si mi padre, por circunstancias muy extraordinarias, no hubiese estado en relación con hombres públicos, nosotros no hubiésemos soñado nunca en tener destinos. ¿Por qué P*** no ha de poder entrar de aprendiz de sombrerero ó de sastre? En tal oficio puede ser útil; en mi oficina será un empleado detestable. Puede llegar á hacer buenas levitas; jamás escribirá bien un oficio. No hay nada más exacto que la sentencia del pobre Richard: «Pagamos doble contribución á nuestro orgullo que al Estado.» La mal-

(1) Lord Holland, hablando una vez con Macaulay sobre su abuelo, dijo: «Tenía el temple que personas bondadosas se han complacido en atribuir á mi familia, pero adolecía del defecto que aquejaba á aquella escuela de estadistas: una completa incredulidad en materia de virtud pública.»

dición de Inglaterra es el empeño tenaz de las clases medias de hacer á sus hijos lo que llaman caballeros. Así tenemos plaga de clérigos sin curatos, de abogados sin pleitos, de médicos sin clientes, de autores sin lectores, de pretendientes de destinos, que hubieran podido prosperar y descollar como panaderos, relojeros ó posaderos. La primera vez que mi padre me hable de P***, ofreceré suscribir veinte guineas para ayudarle á hacerse pastelero. Cuando chico, tenía paladar delicado.

¿Con que estás leyendo á Burnet? ¿Empezaste desde el principio? ¿Qué piensas del viejo? Siempre fué gran favorito mío: honrado, aunque despreocupado; un resuelto hombre de partido, pero con mucha bondad de sentimientos para sus adversarios y aun para sus enemigos personales. Para mí es un escritor muy agradable; muy superior á Clarendon en el arte de interesar, aunque no hay que decir que muy inferior á Clarendon en discernimiento y en elevación y corrección de estilo. ¿Conoces, entre paréntesis, la *Vida de Clarendon* por él mismo? A mí, la parte, por lo menos, posterior á la Restauración, me gusta más que su gran *Historia*.

Llevo una vida muy tranquila. Me levanto á las siete ó las siete y media; leo español hasta las diez; almuerzo; me voy paseando á mi oficina; estoy allí hasta las cuatro; doy un largo paseo; como hacia las siete, y estoy en la cama antes de las once. Estoy leyendo otra vez el *Don Quijote*, y le admiro más que nunca. Es seguramente la mejor novela del mundo, sin punto de comparación.

Siempre tuyo

T. B. M.